



Nancy Huston  
La especie fabuladora

Galaxia Gutenberg

---

Nancy Huston

# La especie fabuladora

Traducción de  
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *L'Espèce fabulatrice*  
Traducción del francés: Noemí Sobregués Arias

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2017

© Nancy Huston, 2008  
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2017  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación:  
Depósito legal:  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-737-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



*A mi padre*

---

Nada es humano si no aspira a lo imaginario.

ROMAIN GARY

---

## La pregunta

De repente, la detenida, que hasta este momento se había mantenido en silencio, levanta la cabeza, me mira fijamente a los ojos y me dice: «¿Para qué sirve inventar historias cuando la realidad es tan increíble?».

La mujer está postrada ante mí. Ha matado a alguien, y yo no. Todos mis muertos están en mis novelas.

Estoy en la cárcel de Fleury-Mérogis. Las demás miembros del club de lectura del centro de detención preventiva de mujeres me miran. Todas esperan mi respuesta. El silencio se prolonga y siento que entre ellas y yo se abre un abismo, porque no hay duda de que su realidad es más increíble que la mía. Se me agolpan en la cabeza posibles escenas de su increíble realidad, escenas de sangre, de cuchillos, de pistolas, de bombas, de gritos, de alaridos, de droga, de golpes, de desorden, de pobreza, de angustia, de noches en blanco, de pesadillas, de alcoholismo, de violaciones, de desespero y de confusión.

¿Qué les digo? «¿Para dar forma a la realidad?» No, no puedo decirles eso. Sería insuficiente hasta lo

absurdo, hiriente tanto por su insuficiencia como por su suficiencia. Sin duda no es la respuesta correcta, pero la mujer necesita una desesperadamente.

Así que la busco...

---

I

## El origen del sentido

Siempre creemos que las gaviotas están tristes, aunque no tiene ningún sentido. Es nuestra psicología la que nos produce ese efecto. Vemos por todas partes efectos que no existen, que sólo suceden en nosotros mismos. Nos convertimos en una especie de ventrílocuos que hacen hablar a las cosas, a las gaviotas, al cielo, al viento, a todo.

ROMAIN GARY

Somos animales.

Mamíferos, primates super-superiores, etc. Sin más razón para estar en el planeta Tierra y para hacer en él lo que sea que las demás especies de este planeta o de otro.

Pero somos especiales.

Todos los animales, cada uno a su manera, constatan, observan y reflexionan. Sus sentidos transmiten informaciones incompletas al cerebro, que construye con ellas la imagen de un mundo completo.

Mal que bien, sacan conclusiones, se las comunican, cooperan y se esfuerzan cuanto pueden por sobrevivir.

Nuestra especialidad, nuestra prerrogativa, nuestra manía, nuestra gloria y nuestra caída es el *porqué*.

¿Por qué el porqué? ¿De dónde surge?

El porqué surge del tiempo.

¿Y de dónde viene el tiempo?

Desde que los seres humanos, los únicos de todos los seres vivos terrestres, saben que han nacido y que van a morir.

Estos dos saberes nos proporcionan algo que ni siquiera poseen nuestros parientes más cercanos, los chimpancés y los bonobos: la intuición de lo que es *toda una vida*.

Sólo nosotros percibimos nuestra existencia en la tierra como un trayecto dotado de sentido (significado y dirección). Un arco. Una curva desde el nacimiento hasta la muerte. Una forma que se despliega en el tiempo, con un inicio, peripecias y un fin. En otras palabras: *un relato*.

«Al principio era el Verbo» quiere decir lo siguiente: el verbo (la acción dotada de sentido) señala el principio de nuestra especie.

El relato confiere a nuestra vida una dimensión de sentido que los demás animales desconocen. Por esta razón, en lo sucesivo escribiré este sentido en mayúscula. El Sentido humano se diferencia del sentido animal en que se construye a partir de relatos, historias y ficciones.

\*

El universo como tal no tiene Sentido. Es silencio.

Nadie ha introducido el Sentido en el mundo. Sólo nosotros.

El Sentido depende del ser humano, y el ser humano depende del Sentido.

Cuando hayamos desaparecido, aunque el sol siga emitiendo luz y calor, ya no habrá Sentido en ninguna parte. Nadie derramará lágrimas por nuestra ausencia y nadie sacará conclusiones respecto del significado de nuestro breve paso por el planeta Tierra. Ese significado terminará con nosotros.

Como la naturaleza, los seres humanos no soportamos el vacío. Somos incapaces de constatar sin intentar de inmediato «entender». Y entendemos básicamente por medio de relatos, es decir, de ficciones.

No nos basta con observar, construir y deducir los sentidos de los acontecimientos que tienen lugar a nuestro alrededor. No. Necesitamos que ese sentido *se despliegue*, y lo que hace que se despliegue no es el lenguaje, sino el relato. Por eso todos los seres humanos elaboran maneras de *marcar* el tiempo (rituales, fechas, calendarios, fiestas estacionales, etc.), marca indispensable para que aparezcan los relatos.

Los monos pueden aprender miles de palabras y manipular mal que bien signos lingüísticos, pero no se cuentan historias.

Ni siquiera pueden decirse: «Nos vemos mañana a la misma hora».

Cuando los antílopes llegan a un río seco, buscan agua en otra parte o se mueren de sed. Los humanos, ante la misma constatación desoladora, buscan también agua en otra parte, pero antes de morir de sed *interpretan*. Rezan, bailan, buscan culpables y elaboran rituales propiciatorios para convencer a los espíritus de que les manden la lluvia.

El sentido asciende a Sentido.

Traducimos, metamorfoseamos y metaforizamos *todo*. Sí, incluso en la época moderna, desencantada, científica, racional e ilustrada.

Porque la vida es dura, y no dura, y somos los únicos que lo sabemos.

\*

Lo real-real no existe para los humanos. Todo es real-ficción, siempre, porque vivimos en el tiempo.

La narratividad se desarrolló en nuestra especie como técnica de supervivencia. Está inscrita en los recovecos de nuestro cerebro. El *Homo sapiens*, más débil que los demás grandes primates, entendió a lo largo de millones de años de evolución que era vital para él dotar de Sentido lo real por medio de fabulaciones.

Y es lo que todos hacemos a todas horas, sin querer, sin saberlo y sin poder evitarlo.

La vida de los primates en el planeta Tierra está llena de peligros y de amenazas. Todos los primates intentan protegerse mandándose señales. Sólo nosotros fantaseamos, extrapolamos y tejemos historias

para sobrevivir, y nos creemos a pies juntillas nuestras historias.

Hablar no es sólo nombrar, dar cuenta de lo real. También es darle forma, interpretarlo e inventarlo.

Lo real no tiene nombre. El nombre «exacto» o «natural» –de un objeto, acto o sentimiento– no existe.

Por más que nos remontemos en las etimologías, de palabra en palabra, sólo encontramos más palabras, es decir, más signos arbitrarios que desglosan el mundo, que no encuentran objetos, sino los construyen.

Sólo nosotros los hemos engendrado. Son reales, porque forman parte de nuestra realidad, pero no son «verdaderos».

Sin hombres no hay nombres.

Dios nombrando a los primeros hombres, etc., es una ficción. No somos creación de Dios. Dios es creación nuestra.

Dios sólo puede *existir* en nuestras historias. Para ser Dios es preciso hablar, y para hablar se precisa una lengua, y para tener una lengua es preciso formar parte de la historia humana.

En realidad Dios y los dioses forman parte de esta historia, aunque se nieguen sistemáticamente a admitirlo.

También nuestro apellido es una ficción. Podría haber sido otro. Podemos cambiárnoslo. Las mujeres suelen cambiárselo. Cuando se casan, pasan de una ficción a otra.

El bautismo y el matrimonio son actos de magia.

Toda denominación es un acto de magia.

Los seres humanos son magos que no se conocen a sí mismos.

El dinero es una ficción, trozos de papel que se decidió que representaban al oro. El oro es una ficción. En sí mismo no vale más que la arena. La Bolsa es una gigantesca ficción.

Los seres humanos son alquimistas que no se conocen a sí mismos. Mediante sus fabulaciones convierten todo en dinero, es decir, en oro.

No se trata de mentiras, puesto que creemos sinceramente en ellas. Nos interesa creer en ellas.

Si el lenguaje se limita a reflejar la realidad, ¿por qué toda lengua engendra palabras que no deben pronunciarse?

Las blasfemias son una de las grandes pruebas de la humanidad.

Los ordenadores y los chimpacés son incapaces de mentir, de escribir poesía y de insultar. Tres formas de magia trivial muy extendidas entre nosotros que implican emplear a propósito una palabra por otra.

Contar es tejer vínculos entre el pasado y el presente, entre el presente y el futuro. Hacer existir el pasado y el futuro en el presente. (Especialmente mediante la escritura.)

Los demás grandes primates viven en el presente. Pueden extraer lecciones del pasado para gestionar mejor el presente, pero no se proyectan ni en el pasado (sobre todo anterior a su nacimiento) ni en el futuro (sobre todo posterior a su muerte).

No les angustia la muerte, no sienten nostalgia ni esperan nada, afectos vinculados a la narratividad, esa manía específicamente humana de dotar lo real de Sentido.

El Sentido es nuestra droga dura. Bajo la forma de ideal político o religioso, no sólo es dura, sino también pura. Para conseguirla algunos llegan a matar a su padre y a su madre, incluso a sacrificar su propia vida (los kamikazes).

\*

Los grandes primates valoran el grupo al que pertenecen y están dispuestos a luchar ferozmente para defenderlo de otros grupos. Saben forjar vínculos, consolar, atacar, ayudarse mutuamente y traicionarse. En pocas palabras, conocen la empatía y son capaces de ponerse en el lugar de otro, y por lo tanto, capaces, como nosotros, de ser tanto crueles como compasivos. Lo específicamente humano no es ser amable o malvado, cruel o compasivo, sino decirse que lo somos *por* algo. Ahora bien, ese algo (religión, país o linaje) siempre es una ficción.

\*

¿Y qué aporta la entrada del *Homo sapiens* en el tiempo, en el Sentido? Algo que los monos no tienen: un yo.

El yo es una ficción.

La (sorprendente) verdad es que resulta más fácil

ponerse en el lugar de otro que en el propio. Para ponerse en el lugar de otro no es necesaria la narratividad. Para ponerse en el propio, sí. La diferencia entre los monos y nosotros es exactamente la diferencia entre la inteligencia y la consciencia. Entre el *hecho* de existir y la *sensación* de existir. Entre «quiero hacer esto» y... «¿por qué estoy aquí?».

La consciencia es *la inteligencia más el tiempo*, es decir, la narratividad.

Se absorbe al mismo tiempo que el lenguaje. No se trata de: primero aprendo las palabras individuales y luego aprendo a encadenarlas en historias. Se trata de: *yo*, que ya es toda una historia.

Feto humano y feto chimpancé, idénticamente acurrucados dentro del vientre de su madre, idénticamente expulsados, lavados, alimentados y cuidados por su madre. Pero los padres chimpancés no ponen nombre a su cachorro, no le cantan «duérmete niño, duérmete ya», no dicen «mi niño, mi querido niño» y no le enseñan su genealogía.

El pequeño humano aprenderá a decir *yo*. El pequeño chimpancé, no.

Las ficciones se introducen en nuestro cerebro, lo forman y lo transforman. Más que crearlas, son ellas las que nos crean a nosotros, las que componen para cada uno de nosotros, en los primeros años de vida, un *yo*.

No nacemos siendo (un) *yo*. Nos hacemos. El *yo* es una construcción trabajosamente elaborada. No siempre está ahí, sino que intenta afirmarse. En un principio es un marco de vida, y acto seguido una

configuración móvil, en permanente transformación, que sólo establecemos por convención.

Para disponer de un yo es preciso aprender a fabular. Después no nos cuesta olvidarlo, pero hemos necesitado tiempo, y mucha ayuda, para convertirnos en alguien. Hemos necesitado capas y más capas de impresiones hilvanadas en historias. Canciones. Cuentos. Exclamaciones. Gestos. Reglas. Socialización. Limpio. Sucio. No digas eso. Haz lo otro. Bim, bam, bum.

Eso es la humanización. Gracias a ella, sólo poco a poco, advendrá el yo. También sus recuerdos se organizarán en relatos.

El yo es un estado cromosómico al que se añaden ficciones.

Por lo tanto, no hay dos yos idénticos (ni siquiera con la clonación), porque no hay dos series de ficciones idénticas.

Convertirse en yo –o más bien elaborarse un yo– es activar, a partir de un contexto familiar y cultural dado, siempre particular, el mecanismo de la narración.

\*

Los que dicen: «Qué extraño» (o «qué pena», o «qué increíble», o «qué injusto») que no recordemos los primeros años de la infancia no saben lo que es un ser humano.

No recordamos los primeros años de la infancia porque todavía no tenemos un yo al que añadir fic-

ciones. En aquellos momentos, nuestra manera de registrar el mundo era tan diferente que para nosotros, adultos, resulta incomprensible. Sólo podemos adivinarla a partir de los rastros fugitivos que nos llegan: sueños, obras de arte y enfermedades mentales.

Nuestra memoria es una ficción. Eso no quiere decir que sea falsa, sino que, sin que se lo pidamos, pasa el tiempo ordenando, asociando, articulando, seleccionando, excluyendo y olvidando, es decir, construyendo, es decir, fabulando.

Decimos, con razón: «Cuéntame *la historia* de tu vida», porque contar *la vida* es imposible (incluso *después* de los seis años, cuando ya está ahí el yo, bien instalado con sus propios recuerdos).

En su juventud, Tolstói intentó una vez escribir *La historia del día de ayer*, pero lo dejó correr al cabo de unas doscientas páginas, porque entendió que se había propuesto un objetivo imposible.

¿*Juro decir toda la verdad?* Podemos decir cosas verdaderas, pero no la verdad, y sobre todo no toda, incluso hablando de lo que ha sucedido en los últimos cinco minutos en el lugar en el que estamos. Y no podemos decirla porque es infinita. Para seguir siendo yo debemos borrar casi todo.

Cada ínfimo detalle de tu experiencia entre la vida y la muerte requeriría una infinidad de tiempo para explicarla exhaustivamente. Así, para que entienda quién eres, para contarme «la historia de tu vida», no sólo olvidas millones de cosas, sino que dejas de lado millones de otras. Eliges necesariamente los

acontecimientos que te parecen más destacados, o pertinentes, o importantes... y los dispones en forma de relato.

Fabulas con total inocencia. Creas la ficción de tu vida con los mismos procedimientos que emplean los novelistas.

El relato de la infancia (como el relato de los sueños) proporciona a los psicoanalistas un terreno elegido para estudiar la evolución narrativa, el *estilo* de cada paciente. Pocos o ningún hecho verificable. Imposible controlarlos. Vía libre a la interpretación.

Freud escuchaba, pasmado, la novela familiar de sus pacientes. Su grandioso descubrimiento: *lo determinante es lo que tiene Sentido para el sujeto, y sólo eso.*

Todos bosquejamos novelas para contar nuestro paso por el mundo. Mejor: *somos* esas novelas. Yo es mi manera de ver (y concebir) el conjunto de mis experiencias.

La consciencia no es más que la marcada tendencia de nuestro cerebro a lo estable, continuo, razonable y narrable.

Cuando el yo novelista falla, cuando no consigue avanzar eficazmente (e imperceptiblemente) en su trabajo de construcción, de ordenación, de invención, de exclusión, de interpretación, de explicación, etc., la «realidad» se convierte en cualquier cosa.

En los últimos estadios del alzheimer, por ejemplo, seguimos hablando, pero dejamos de interpretar. La persona está viva, pero la historia de su vida ha terminado.

\*

¿Dónde está lo real humano? En las ficciones que lo constituyen.

Nadie es responsable de sus ficciones, que no son resultado de un complot de los poderosos contra los impotentes. Nadie ha decidido elaborarlas. Impregnan nuestro mundo de principio a fin. Decir de un mundo que es humano supone decir que está impregnado de ficciones de principio a fin.

Cuando digo ficciones, no digo *aire*. No digo, como el enorme brazo sudoroso y jadeante que cargó durante todo un día mis decenas de cajas de libros de un piso al otro: «Son pompas de jabón. ¡Puf!».

Cuando digo ficciones, digo realidades humanas, y por lo tanto construidas.

Yo también las vivo, como todo el mundo.

Los hunos, los mongoles, los nazis y los miembros del NKVD –bárbaros del norte y del sur, de ayer y de hoy– estaban firmemente convencidos de vivir en lo real cuando su cabeza murmuraba mitos (históricos, biológicos y científicos) para racionalizar, justificar y glorificar sus actos depredadores, sus masacres, sus expoliaciones y sus baños de sangre.

Las personas que creen vivir en lo real son las más ignorantes, y esta ignorancia puede llegar a ser mortífera.

Para nosotros, los humanos, la ficción es tan real como el suelo que pisamos. *Es ese suelo*. Lo que nos sostiene en el mundo.

Jamás se ha descubierto un grupo humano que

transitara tranquilamente por lo real como los demás animales, sin religión, sin tabú, sin rituales, sin genealogía, sin cuentos, sin magia, sin historias y sin recurrir a lo imaginario, es decir, sin ficciones.

Estas ficciones, elaboradas a lo largo de los siglos, se convierten, gracias a la fe que depositamos en ellas, en nuestra realidad más valiosa e irrecusable. Aunque todas ellas están inscritas en la trama de lo imaginario, engendran un *segundo nivel de realidad*, la realidad humana, universal bajo sus avatares, tan dispares en el espacio y en el tiempo.

La consciencia humana, ensamblada en esas ficciones, constituida por ellas, es una máquina fabulosa... e *intrínsecamente fabuladora*.

Somos la especie fabuladora.